

do hasta aquí tan poca devoción á vuestro santo nombre! De hoy en adelante yo le tendré tan profundamente grabado en el corazón, que jamás se me caiga de la boca; y espero me concederéis la gracia de que sea todo mi consuelo y todo mi refugio en la hora de mi muerte.

JACULATORIAS. ¡Mi Dios y mi Señor, qué admirable es tu santo nombre en todo el universo mundo! (*Psalm. 8.*)

Alaben el santo nombre del Señor los jóvenes y las vírgenes, los viejos y los niños; porque no hay en el universo otro nombre grande sino este. (*Psalm. 148.*)

PROPOSITOS.

1 El santísimo nombre de Jesus no solo debe ser objeto de nuestro respeto y de nuestra veneracion, debe tambien animar nuestra confianza. Es un como compendio de todo lo que hizo el Salvador del mundo por nuestra salvacion; él solo significa, por decirlo así, todos los misterios de su vida. No hay otro nombre debajo del cielo concedido á los hombres, en cuya virtud podamos ser salvos. Asombro es que no profesen todos los cristianos á este santo nombre una ternísima devoción. Consiste esta lo primero, en tenerle frecuentemente en la boca; pero mucho más en conservarle afectuosamente grabado en el corazón, pronunciándole siempre con el mayor respeto, y con afectos de amor y de reconocimiento. Lo segundo, en rezar cada dia devotamente algunas oraciones en honra suya, como pueden ser los himnos que se cantan en la Iglesia. Lo tercero, en no emprender, ni dar principio á obra alguna sino bajo los auspicios de este dulcísimo nombre.

2 Tambien es devoción muy loable, y fué muy familiar á muchos santos, el no negar cosa, en cuanto sea posible, que se nos pida por el nombre de Jesus; limosnas, oficios, favores. Al despertar por la mañana, al acostarse por la noche, da principio y fin al dia con pronunciar los dulces nombres de Jesus y de Maria; costumbre santa que te facilitará el pronunciarlos con humilde confianza en la hora de la muerte. Muchas almas santas siempre que oyen pronunciar el dulce nombre de Jesus, corresponden reverentes inclinando un poco la cabeza, ó á lo menos interiormente con algun acto de amor de Dios, y con afectos de ternura y de agradecimiento. Adelántese tu veneración á este santo nombre, á respetar hasta todo aquello donde le veas escrito ó estampado. Ten á la vista en tu cuarto grabadas con letras

grandes, aquellas palabras del Apóstol: *In nomine Jesu omne genuflectatur, caelestium, terrestrium, et infernorum.* Doblen la rodilla al nombre de Jesus el cielo, la tierra y los abismos.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES TIMOTEO, POLIO Y EUTICHIO, diáconos, en el reino de Tremecen, los cuales predicando el Evangelio en aquel país, merecieron la corona del martirio (durante la persecucion de Decio.)

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES POLIEUCTO, VICTORIO Y DONATO, en Cesarea de Capadocia.

SAN SECUNDINO, mártir, en Córdoba. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES SINESIO Y TEOPOMPO, en el mismo dia; (créese que padecieron martirio en Nicomedia.)

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES NICOSTRATO Y ANTIÓCO, tribunos, con otros soldados, en Cesarea de Filipo, (siendo decapitados por mandato del prefecto.)

SAN VALENTE, obispo, en el mismo dia, el cual fué martirizado con tres niños.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MÁRTIRES SECUNDO, presbítero, y otros, en Alejandria, los cuales siendo emperador Constancio fueron martirizados en el solemne dia de Pentecostés por orden de Jorge, obispo arriano.

LOS SANTOS OBISPOS Y PRESBITEROS, allí mismo, que habian sido desterrados por los arianos, merecieron igualmente asociarse á los santos confesores.

SAN HOSPICIO, confesor, en Niza de Francia, insigne por la virtud de la abstinencia, y por el espíritu de profecía. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA MARÍA DE SOCORS Ó DEL SOCORRO, VÍRGEN.

SANTA Maria de Cervellon, llamada comunmente de Socors, á causa de la ardiente caridad é inefable misericordia con que socorrió á toda clase de necesitados en la tierra y en el mar, nació por los años 1230 en la ciudad de Barcelona, de la ilustre y muy distinguida familia de los Cervellones, enlazada con la real sangre de los condes de aquel principado. Fuese por los ruegos de S. Pedro Nolasco, á quien se comprometieron los padres de la Santa para que intercediese al Señor por ellos, á fin de que les diese sucesion; ó porque Dios les concediese este único fruto de su bendicion, atendidas sus fervorosas súplicas y

piadosas intenciones; es lo cierto, que María se dejó ver en el mundo dotada de un sin número de gracias correspondientes á los altos fines que sobre ella tenia la divina Providencia. Recibió el bautismo en la parroquia de Santa María del mar, y con él aquel candor y pureza que confiere el sacramento, la que conservó inviolable toda su vida, desempeñando con su conducta la santidad del nombre que le impusieron en honor de la Reina de los ángeles.

Su madre, señora de grande mérito, quiso encargarse por sí de su primera educacion, y formarla en la virtud desde sus mas tiernos años; creyendo juiciosamente que estas primeras impresiones influyen no poco en el resto de la vida, y son la semilla fecunda que hacen corresponder el fruto en la sucesion del tiempo. Con estas miras se aplicó á imprimir en el delicado corazon de la niña los altos dictámenes de la religion, el desprecio de las vanidades del mundo, y las saludables máximas del Evangelio. Hacian estas lecciones tanto efecto en el alma de María, que por el gusto con que las oia, y los esfuerzos con que procuraba ejecutarlas, daba sensibles señales de su aprovechamiento. Su total distraccion de los pueriles entretenimientos, su inclinacion como natural á la virtud, su devocion, su caridad, su candor y su modestia, sobre cuanto en términos regulares se podia esperar de sus tiernos años, hicieron conocer á sus padres que el temperamento y humor natural no eran los que gobernaban la madurez de juicio y gravedad de la infanta, sino el movimiento de una particular gracia con que Dios la habia prevenido para desprenderse del amor de las cosas de la tierra en medio de la abundancia y esplendor de su familia; notándose ya en ella un afecto muy particular á la oracion; aun antes de conocer el mérito de este santo ejercicio, y una compasion muy tierna para con los pobres necesitados, en quienes invertia con industriosa eleccion cuanto solian darla sus padres, y adquirir con la labor de sus manos.

Nacida nuestra Santa para la virtud, criada con máximas tan cristianas, y nutrida en los mas santos ejercicios de piedad, hacia cada dia maravillosos progresos en la carrera de la perfeccion. Sus mas conocidas aficiones eran por la vida religiosa; cuya austeridad, enemiga de toda superfluidad, infundia eficazmente en su corazon una aversion prodigiosa á todas las vanidades del siglo, y un admirable retiro de los objetos de la tierra. Nunca salió de su casa sino es para el templo; en compañía de su buena madre, y para visitar los hospitales, á los que iba tres dias en la semana, guiada de su fervorosa caridad, á

asistir, socorrer y aliviar á los pobres enfermos, tomando este cargo además con los que así estuviesen en su casa ó familia con particular complacencia; ejerciendo estos oficios con tantas y tales demostraciones de suavidad y afecto, que á la eficacia de este remedio se sentian los pacientes aliviados, y con superiores fuerzas para tolerar sus dolores.

Nada mudó María de estas costumbres, cuando ya jóven; pues conduciéndose por las inspiraciones del Espíritu Santo, que fueron siempre el móvil de sus acciones, supo conciliar con la devocion los rumbos de la nobleza, la humildad con las riquezas, la modestia con su estado, y conservar inviolable el candor de su pureza en medio de los peligros del mundo. Parece que su nacimiento y la opulencia de su casa, podria influir en ella alguna distraccion ó envanecimiento; pero no fué así, porque el deseo de ser feliz para siempre, le hizo amar únicamente las cosas divinas con total desatencion de las de la tierra. Con esta idea siempre se conducia con mucha circunspeccion, y majestuosa gravedad, haciéndose no solo amar, sino respetar de cuantos la conocieron; de suerte, que la ponía Barcelona por ejemplo de recato, piedad, y modestia de todas sus doncellas.

Todas las relevantes prendas, de que estaba adornada el alma de María, rebosaban á la superficie del cuerpo, á pesar de su cautela; y haciéndola objeto de la estimacion de las gentes, apenas llegó á la edad competente, se declararon muchos señores principales pretendientes de su mano, enamorados de su belleza, de su natural vivacidad, de su grandeza de espíritu; mas realzadas estas cualidades con cierto aire de santidad, que se dejaba ver siempre en todas sus acciones y movimientos. No se atrevieron los padres, conociendo el modo de vivir de su hija, á hacer semejante proposicion; mas distinguiéndose un tio suyo en el empeño que hacian los parientes sobre que tomase estado, le respondió María con el respeto debido, que le agradecia su cuidado; pero que supiese, que el estado de su eleccion le tenia fiado á la de Dios, por cuya luz se guiaba, esperando para deliberar en un negocio de tanto momento, que el Señor le manifestase su voluntad, y entonces la manifestaria á sus padres; y admirado el tio de tan concisa como sabia respuesta, desistió en molestarla.

Victoriosa así nuestra Santa de la fuerte tentacion, redobló las guardias para conservar ilesa su integridad, valiéndose de la separacion de todo trato mundano, de la oracion, meditacion, y ejercicios de penitencia; á escepcion del tiempo que empleaba en los hospitales y en las iglesias, frecuentando los Sacramen-

tos. Tanta exactitud en sostener su pureza virginal no podía dejar de protegerla el cielo, en cuyo obsequio obraba la castísima doncella. Predicó en aquella coyuntura Fr. Bernardo de Corbaria, su director, un sermón sobre las prerogativas de la virginidad, al que, no tanto por casualidad, como por disposición de la divina Providencia, asistió su hija espiritual; y encendida ésta en vivísimos deseos de conservar intacta una virtud tan agradable á los ojos de Dios, deshecha en lágrimas, se volvió á su madre, y apretándola la mano fuertemente la dijo: *Señora, conmigo habla el predicador; Dios mueve su lengua para mi desengaño; yo soy toda de Jesucristo, que me llama para esposa suya, y así no tienen que porfiar mis parientes para que tome otro estado.*

Esta resolución fervorosa, que comenzó en el lugar santo, la siguió hasta su casa, donde puesta de rodillas á los pies de un Crucifijo, hizo voto de perpetua castidad, suplicando al Señor se dignase auxiliar su propósito con el poder de su brazo. El mismo ruego hizo á la Santísima Virgen, implorando su protección con las expresiones más tiernas y devotísimas, con lo que no satisfecha, se cortó el cabello, y vistió de un sayal tosco y grosero. En esta disposición se presentó á sus padres, renovando el discurso que había principiado en la iglesia; y por último, les hizo ver con sabias y concluyentes razones, que en consagrarse al Señor, se interesaba nada menos que su salvación. Las tiernas lágrimas que vertieron los padres, admirados de una resolución tan generosa, fueron las señales expresivas que dieron de quedar edificados y convencidos, de que su preciosa hija era para el Señor, y que solo merecía los castos brazos del Esposo eterno, á cuyas celestiales bodas era llamada tan anticipadamente; y en efecto, dispuestos á darla gusto, con acuerdo de su director, resolvieron vistiese el hábito de beata de la Merced, y que siguiera libremente las ideas de una vida religiosa.

Desde aquel dichoso momento en que se halló vestida con la divisa militar de la Merced, se sintió María escitada interiormente á imitar la conducta de los que profesaban el instituto con toda perfección. Y como hasta allí no había cesado de ejercitarse en la práctica de las virtudes cristianas, el deseo de corresponder fielmente á las muchas gracias con que el Señor la había favorecido, la ponían casi en un continuo movimiento para aprovechar las horas, y aun los instantes, en obras de santificación. Poco tuvo que añadir en el nuevo estado, á escepcion de algunas penalidades, que para mortificarse inventó su in-

genioso fervor. Los ayunos, las disciplinas, el silencio, su particular recogimiento y su continua oración, tuvieron más de comunes, á lo que se acostumbra en el claustro, lo que tuvieron más de rígidas y humilladas en medio de la multitud y opulencia de su casa.

Ocurrió la muerte de su padre, cuando contaba María treinta años de edad, y hallándose con este suceso un nuevo motivo de alterar el orden de su familia, y reducirla á menor número, persuadió á su madre que distribuyese gran parte de sus bienes en socorro de los pobres, y en redención de cautivos; y no desatendiendo esta piadosa señora tan saludable consejo, dieron principio á su ejecución, dejando su suntuosa casa, y reduciéndose á otra habitación humilde cerca de la iglesia de Sta. Eulalia, donde vivieron cinco años, siendo el ejemplo de toda la ciudad; al fin de los cuales, habiendo muerto también la devota madre, quedó María en plena libertad de poder satisfacer los deseos de consagrarse al servicio del Señor enteramente.

Sin embargo que á los principios del establecimiento de la religión Mercenaria no se trató de recibir en ella mujeres, por razón del cuarto voto que forma el distintivo del instituto, por el que se obligan los profesores á quedar personalmente en rehenes, y aun en las mismas prisiones, si fuese necesario, para dar libertad á los cautivos que gimen bajo la esclavitud de los infieles, como muchas señoras de las más principales de Barcelona deseaban abrazar el nuevo establecimiento; permitido por entonces el que vistiesen el hábito en calidad de beatas ó devotas; se propuso este punto en el capítulo que celebró el orden en 1260, con ánimo de hallar medio para vencer las dificultades; y aunque nada se determinó en aquella asamblea, quedando todos los ánimos dispuestos, se resolvió después recibir en la religión á las mujeres por determinación del siguiente capítulo habido en el año 1265, en que sucedió la muerte de la madre de María. Entendida ésta de la resolución, fué la primera que vistió el santo hábito de religiosa en el día 25 de marzo del mismo año, que era el treinta y cinco de su edad, cuarenta y siete del establecimiento del orden, y treinta de aprobado por la santidad de Gregorio IX, y en el siguiente año hizo su profesión, con asistencia de toda la nobleza de la ciudad, en manos de su director, concebida en estos términos: *Yo, sor Maria de Cervellon, ofrezco á Dios y á la bienaventurada siempre Virgen Maria de la Merced, ó Misericordia, pobreza, obediencia y castidad, y de trabajar para la redención de los cauti-*

vos, por los cuales haré lo que á nuestro padre general fuese bien visto.

Luego que hizo este solemne acto, y distribuyó en los pobres y en redencion de cautivos su cuantioso patrimonio, se retiró á una casa con otras nobles señoras, y mujeres devotas que siguieron su ejemplo, á quienes el reverendísimo Corbario dió ciertos estatutos muy sabios y prudentes, sobre que dirigiesen su vida religiosa. Era preciso nombrar superiora para la direccion y gobierno de aquella comunidad; y de comun consentimiento se hizo la eleccion en nuestra Santa, á pesar de su humilde resistencia. Inteligenciada plenamente Maria de las obligaciones del empleo, solo pensó en desempeñarlas con la perfeccion posible; y persuadida que los superiores deben mandar mas con las obras que con las palabras, emprendió un género de vida admirable, capaz de fomentar el fervor de sus súbditas, y de recomendar en los principios la santidad de aquel nobilísimo establecimiento. La vigilancia, la exactitud, la discrecion y la caridad con que gobernaba á sus hijas, y su conducta en toda suerte de virtudes religiosas, les hizo conocer que se habia puesto á la frente de ellas para servirles de modelo, mas que de superiora. Continuamente les inspiraba, por medio de sus instrucciones siempre acompañadas con su admirable ejemplo, el menosprecio del mundo, el silencio, la paciencia, el amor á la pureza y á las humillaciones; pero mas que todo el deseo de servir á Jesucristo, de quien se habian consagrado esposas; y asimismo á los pobres, principalmente aquellos que lloraban la miserable desgracia de vivir en el cautiverio, cuyo rescate era el punto cardinal de su instituto.

Su régimen ordinario parece increíble en una salud abatida al rigor de sus grandes penitencias, á no asegurarlo las actas de su prodigiosa vida. Ella hacia hasta los oficios mas humildes y penosos de la casa; lavaba los pies con indecible ternura á los pobres cautivos que redimian sus hermanos; y como en su tiempo no se observaba la clausura que hoy guardan las religiosas; siguiendo su laudable costumbre, asistia tres dias á la semana en los hospitales á visitar, limpiar y socorrer á los enfermos, y otros tantos dias ayunaba á pan y agua. Sus disciplinas eran diarias y sangrientas, y siempre traia oprimido su virginal cuerpo con una cadena de hierro pesadísima. Su sueño era mas mortificación que descanso, pues pasaba en grande incomodidad un corto tiempo sobre el duro suelo; y quejándose del cuerpo, cuando la rendia el sueño, solia decir: *¿Quién me librará de esta muerte cotidiana, de este sepulcro en que vivo, y de este*

caos de miserias? El tiempo sobrante de todos estos ejercicios empleaba en consolar á los afligidos, en socorrer á los pobres, en libertar á los encarcelados; y en procurar subsidios para la redencion de cautivos; cuyos hechos fueron tan notorios, comunes y públicos, que dejando de llamarla por su propio apellido, todos la entendian por Maria de Socors ó de Socorro.

Aunque los que practicó en la tierra su ardiente caridad eran bastantes para merecerle este nombre, los que mas le hicieron acreedora de él fué la especial gracia que la concedió Dios para socorrer á los navegantes que se hallaban en peligro de naufragar, por cuya razon la pintan comunmente con una nave en las manos. Tantas veces remedió estos fracasos, que los infinitos maravillosos sucesos obrados por su intercesion llevaron su opinion por todos los mares. Apenas veian el peligro de una tormenta los marineros, cuando invocaban á Maria de Socors y experimentaban su asistencia. No pocas veces la echaron menos sus hijas, y despues de largo rato notaban que traia el hábito mojado, y que destilaba gotas por toda su estremidad, indicios nada equivococ de haber andado sobre las aguas en semejantes expediciones.

Toda la ciudad de Barcelona fué testigo del prodigio que obró á su presencia con una nave que iba á peligrar irremediablemente, á menos que Maria no hubiese acudido á socorrerla, caminando sobre las olas, como pudiera por tierra firme. No menos celebró otro portentoso de esta especie, que ejecutó en el año 1283 en favor de Fr. Manuel de Alburquerque y Fr. Arnaldo Liniberio, que venian de hacer una redencion. Alteróse el mar soberbiamente, corria el navio á discrecion de los vientos, y espuesto á la última desgracia de irse á pique, luego que invocaron á nuestra Santa, la vieron venir sobre las corrientes, y llegándose á ellos, les dijo: *¡Ea, hermanos, buen ánimo, alentaos en el Señor que manda los vientos y el mar, que luego quedareis sin riesgo,* como se verificó puntualmente.

Todos estos maravillosos oficios, efectos de su ardiente caridad para con los prójimos, nacian de su inmensurable amor para con Jesucristo que le inspiraba tan meritorios hechos. Este Señor era el objeto atractivo de todas sus atenciones; viviendo en él, y como en su centro, jamás se separó de su presencia. Este mismo amor en que se hallaba abrasado su corazon, le hacia prorumpir en palabras llenas de fuego, capaces de encender á los pechos mas frios; y el verse muchas veces distraida en las ocupaciones y conversaciones domésticas, y volviendo despues

de una larga suspension , como de un letargo , con el rostro encendido continuaba la accion alegremente. La materia mas conocida de su oracion , que pudo llamarse habitual , atendida sin intercesion , eran la pasion y muerte de su crucificado Esposo. En la consideracion de estos sacrosantos misterios se empleaba con tanta intension , con tanta ternura y con tanto afecto , que permaneciendo en ellos por muchas horas , le merecieron el nombre de contemplativa ; manifestándose no pocas veces en ella en largos éstasis y admirables deliquios , que daban á conocer bastante-mente el volcan de fuego que ardía en su pecho , y la facilidad de elevarse hasta la union con su amado.

Atenuadas las fuerzas de María al rigor de sus incomparables mortificaciones y grandes penitencias , entre otras infinitas gracias que la concedió el Señor , le manifestó era llegado el fin de su carrera. Dispúsose á recibir la muerte con las preparaciones que se dejan discurrir en un alma encendida en el amor de Jesucristo ; y despues de haber exhortado á sus hijas á practicar las virtudes religiosas , y á seguir con fervor el camino de la perfeccion , entre las lágrimas de éstas y afectuosas jaculatorias , abrazada con un Crucifijo , entregó su espíritu en manos del Criador en el 19 de setiembre del año 1290. Apenas espiró , cuando Dios quiso hacer sensible la santidad y la gloria á que habia elevado á su sierva fiel por un sin número de prodigios. Su venerable cuerpo despidió un olor tan suave y aromático , como celestial y extraordinario ; y además trasporó cierto humór sutil , que coagulándose en la superficie á manera de un precioso unguento , fué eficaz medicina que sanó á muchos enfermos. Tuviéronle tres dias en el féretro para satisfacer la devocion del inconsolable pueblo que concurría á venerarla , despues de los cuales se depositó en el mismo convento en el cementerio destinado para las religiosas , donde se mantuvo en grande veneracion por mucho tiempo.

En el año 1380 , noventa despues de su dichoso tránsito , D. Pedro IV , rey de Aragon , devotísimo de la Santa , mandó fabricar una esquisita arca , propia de su real magnificencia , para que trasladado á ella el venerable cuerpo de la antigua , estuviere con mayor decencia. En el dia señalado para este acto , despues que celebró de pontifical D. Pedro Planella , obispo á la sazón de Barcelona , cuando intentó depositarla en la arca nueva , creció el cadáver tan considerablemente , que no cabiendo en ella , quedaron todos convencidos por esta maravilla que era la voluntad de la Santa , siempre amante de la humildad , permanecer en la pobre antigua , en la cual la colocaron en la

capilla de Sta. Catalina mártir; de donde en la mañana siguiente se trasladó por sí misma con no menor prodigio á la sacristia del convento. Con estos nuevos milagros se aumentó su devoción considerablemente; y continuádoles el Señor cada dia por la intercesion de su sierva, no es el menor la incorrupcion de su cuerpo, del que hecha inspeccion trescientos treinta y nueve años despues de su muerte, se halló íntegro y flexible, escepto la mano derecha, pié izquierdo, y una costilla, estraídas para reliquias.

Justificados todos estos y otros muchos milagros con el heroismo de sus virtudes en el proceso informativo hecho á este fin, declaró su culto inmemorial la sagrada Congregacion de Ritos en el dia 9 de febrero de 1692, cuyo decreto aprobó Inocencio XII en el 13 del mismo mes. Y mandado por aquélla en el dia 2 de octubre de 1694, que se celebrase el oficio de la Santa con el rito de rezo doble por la religion, lo confirmó su Santidad en el 9 del mismo mes y año.

SAN HOSPICIO Ó SAN SOSPIS, RECLUSO DE PROVENZA, CONFESOR.

SAN Hospicio, llamado vulgarmente S. Sospis, florecia en Provenza hácia la mitad del sexto siglo. Era francés; pero se ignora el lugar de su nacimiento. Habiendo oido hablar de la vida penitente y de la santidad de los solitarios de Egipto, se sintió encendido de deseos de imitarlos. En medio de sus pocos años se resolvió á pasar el mar para aprender de aquellos maestros de la vida espiritual la ciencia de los santos y el camino de la perfeccion.

Animado de este deseo se encaminó á Egipto, y penetrando en lo mas interior del desierto, visitó á muchos de aquellos santos anacoretas. Fácilmente se puede comprender la impresion que harian en un corazon tan bien dispuesto aquellos grandes ejemplos de virtud. Admiraba en unos la inocente crueldad con que maceraban su cuerpo; en otros aquel perpetuo silencio, y en todos aquel universal generoso desasimiento, aquel espíritu de mortificacion, aquel puro amor de Jesucristo, y aquella constante perseverancia en la oracion. Habiéndolo hecho de esta manera el noviciado de la vida ascética, se restituyó á Francia con resolucion de poner en práctica los grandes ejemplos de que habia sido testigo; y las no menos grandes lecciones que habia aprendido. Desembarcó en la Provenza, y á una legua de Niza descubrió en una península un torreón arruinado, que le pare-



S. HOSPICIO C.